

CAMPANA DE HIERRO

El viejo deja de hablar y mira hacia la negrura exterior.

El traqueteo de un tren que pasa cargado, produce un ligero temblor en puertas y ventanas que no alcanza a apagar el bullicio de los niños jugando en la calle iluminada por la luz que sale del almacén.

Los cogoteros y cascarudos entran y se estrellan contra el farol a kerosén, sembrando el suelo con sus cuerpos de alas quemadas. Afuera ya es noche cerrada. Francisco permanece en silencio; interiormente ruega que aparezca pronto el camión que, dicen, los puede llevar hasta el otro pueblo.

Algo retirados de la mesa a la que él está sentado, sus dos pequeños hijos duermen apoyados en el regazo de su mujer.

– Así que van a Cazador -sigue el viejo-. Hay más gente que acá porque ahí está la cuadrilla ¿vivo?, así que hay muchos ferroviarios con familia pero nosotros tenemos más comodidad. Acá hay policía, la Comuna allá al fondo de la calle, en la misma casa del Intendente porque no tiene local. Sala también tenemos...y escuela. ¡Usted podría haber venido acá! Allá es fiero -continúa- aparte de la gente que vive en ranchos o casillas, no hay nada más. ¡Ni escuela va a encontrar! El último viento le voló el techo y la pieza para el maestro se llueve toda. Y no tiene cocina sólo un fogón.

A esta altura del monólogo del viejo, Francisco se sentía muy desanimado. La alegría que había experimentado cuando ganó el concurso para director de escuela, se esfumaba con cada palabra. También estaba cansado.

– Y prepárese para el invierno. El maestro que estaba antes me supo contar que se le escarchaba el agua adentro de la pieza. Acá no es tan frío. Usted está de a pie. Cuando quiera viajar va a tener que hablar con tiempo con el capataz de algún explote, así cuando salga un camión los pueda llevar, no les gusta llevar extraños. Y si alguna vez tiene una urgencia de enfermedad, tendrá que buscar en la estación del ferrocarril.

Harto de tantas pálidas, Francisco salió del local.

Ya no hacía tanto calor, el entorno recogido en la quietud de la noche estaba adormecido. Desde el norte el ronroneo de un motor anunciaba que un vehículo se aproximaba. ¡Por fin el camión!

Aquella noche, cuando el chofer detuvo el camión en Cazador y los faros iluminaron la casa de paredes de adobe con costras de revoque que alguna vez fueron de color rosa, sin techo y con la puerta de madera reseca, despintada y salida de los goznes, tuve que obligarme a bajar apelando a toda mi voluntad.

Ahí quedamos mi familia y yo, parados junto a esa ruina, en el centro de un silencio opresivo y de una total oscuridad que no nos dejaba ver otras cosas.

Varias horas después, despertamos con el sol en lo alto y con varios curiosos observándonos. Se acercaron algunas mujeres. En sus manos pródigas, una jarra llena de leche tibia y un plato con pan casero dieron comienzo al milagro que siguió por la noche improvisando un refugio de chapas.

Después, acepté la ayuda de los vecinos para refaccionar la escuela y encalamos y pintamos paredes, colocamos techos, arreglamos bancos, clavamos y pintamos pizarrones. El día en que la escuela empezó a funcionar, el alegre sonido de una campana de hierro, regalo del Jefe de la Estación, iluminó la carita de los niños.

No siempre las cosas fueron fáciles, a veces fueron tan difíciles y duras que sólo mi tesón y el amor propio me dieron fuerzas para seguir; y también las palabras de aquel viejo cuando me subía al camión que me trasladaría a la escuela: “No joven, usted no va a aguantar, nadie se queda allá”.

Pero yo me quedé y fui maestro, enfermero, consejero, amigo; y compartí con ellos penas y alegrías

Ahora estoy de nuevo esperando, con todo mi equipaje listo y el decreto de la jubilación en la mano.

Yo, que llegué pensando en soportar los dos años necesarios para pedir el traslado, permanecí casi treinta.

Y aunque sé que la tarea está cumplida, siento que la tristeza ha abierto un hueco en mi alma. Este lugar y su gente han calado muy hondo dentro de mí; los sinsabores y las dificultades compartidas me hicieron fuerte, los buenos momentos me dulcificaron y el afecto creó lazos indisolubles.

Hasta la tarde se apena. Todo es silencio, el viento se detiene acallando la fronda de los algarrobos para que no susurren su adiós y es el ver la campana enmudecida, cuyo sonido fuerte y claro en una tarde como ésta se oiría a kilómetros de distancia, lo que rompe las barreras porfiadamente contenidas, y las lágrimas indiscretas se deslizan por mi mejilla envejecida.

